



SE PUBLICA
UN CUADERNO SEMANAL.

PRECIO:
UN REAL al recibir el número.

J. CASTRO, EDITOR PROPIETARIO.

AÑO II.

DIRECTOR
ENRIQUE RODRIGUEZ-SOLIS,

CON LA COLABORACION
DE LOS PUBLICISTAS MÁS DISTINGUIDOS DEL PARTIDO.

Administración: Tabernillas, 8.—Madrid.

MADRID 16 DE AGOSTO DE 1872.

CADA TRIMESTRE

SE REGULARÁ

UN ELEGANTE TOMO

DE UNA OBRA NUEVA

de reconocida importancia y utilidad.

NÚM. 27.

SUMARIO.

TEXTO.—El cretino, por E. Rodríguez-Solís.—A el Tajo, por Roque Barcia.—Efectos del fanatismo, por Javier Álvarez Lindo.—Extinción de los almogabares, por Cipriano Verges.—Cantares, por J. A. Forner.—Estudios prehistóricos, por Mariano Lerroux.—Cuentos populares, por Francisco Flores y García.—Apuntes históricos sobre las Siete Partidas de D. Alfonso el Sabio, por Juan de D. Soler.—Revista general, por E. Rodríguez-Solís.—París en América.
GRABADOS.—Vista de las minas de sal de Cardona.—Cottumbres de Madrid: entierro de una niña.—Tipos españoles: escenas de Aragón.

EL OBRERO.

El sueño es dulce para el obrero que trabaja, haya comido poco ó mucho; el rico que se harta no puede dormir.

SALOMON.

«La naturaleza—decía Eurípides—ha destinado los griegos á ser hombres libres y los bárbaros á ser esclavos;» y con efecto, desde los primitivos tiempos el bárbaro, es decir, el pobre, aparece amarrado á la horrible cadena del esclavo, y el griego, es decir, el rico, apriacionando con la argolla de la esclavitud el cuello de otro hombre que es en un todo su igual; decimos mal, no en un todo, puesto que el rico consume sin producir, y el pobre, que todo lo produce, apenas si consume lo absolutamente necesario para no morirse de hambre.

Desde Eurípides á Torquemada, el obrero aparece forjando día y noche los duros hierros de su cadena, dando calor con su fatigado aliento á las frías losas de su calabozo, y regando con el sudor de su frente aquella tierra odiosa del privilegio y de la tiranía.

«Cuando se es inferior á sus semejantes, tanto como el cuerpo lo es al alma y el bruto al hombre, condicion de aquellos que no tienen más cualidades que las de las fuerzas físicas, la esclavitud es natural. Para estos hombres, lo mismo que para los demás seres de que acabamos de hablar, lo mejor es someterse á un amo.»

Esto decía el célebre Aristóteles, y la absurda teoría del sabio griego convirtiéndose en una ley que comenzó en el esclavo blanco de Atenas y aun no termina en el esclavo negro de nuestras Antillas, siendo España el único pueblo que aun sostiene la esclavitud del hombre, que debe á la naturaleza, madre eterna del ser, el color negro de su cara, como el chino le debe el amarillo, el etiope el negro y el europeo el blanco:

Aristóteles partía de la horrible base de la no igualdad, y el amo primero, y el señor despues, y el aristócrata más tarde, fundaron ese odioso privilegio y transformaron al hombre, la imagen de su creador, en una bestia, ideal de aquellos hombres sin corazón que apelidaban *destiariatos* á los hombres destinados á combatir las fieras.

«Que las fuerzas físicas engendran la esclavitud...»

No y mil veces no; á esos robustos brazos, á esas manos encallecidas se debe la construcción de esos grandes monumentos, verdaderas maravillas que el mundo contempla con espanto y asombro; esas manos encallecidas y esos robustos brazos se emplearon en levantar las Pirámides de Egipto, los templos de Tebas, la muralla de la China, el Coliseo Romano, el gran acueducto de Segovia, la basílica de San Pedro, el monasterio del Escorial, y tantas obras colosales que sería prolijo, si no imposible, enumerar.

Y conste que si los obreros no llevarán á esas grandes maravillas sino sus *fuerzas físicas*, hubieran llevado también los rayos de su inteligencia creadora, si sus cruces *amos* les hubieran dado la ilustración y cultura necesaria.

No solo negaban al esclavo toda noción de cultura, todo derecho de hombre, sino que ni aun los artistas y comerciantes eran considerados en Atenas y Tebas como hombres libres, perdiendo su derecho de ciudadano el que ejercía una profesión industrial, y el gran Cicerón, en su obra los *Deberes*, declaró todos los oficios *indignos* del hombre libre, añadiendo que solo el comercio podía ser permitido á los ciudadanos, y esto á condición de enriquecerse pronto.

¡Mentira parece en hombres tan sabios tan grandes absurdos!

El hombre nació libre de las manos de su creador, para vivir, constituir libremente su familia y realizar los grandes é incomprensibles destinos para que ha sido enviado á la tierra.

II.

Segun los antiguos, *todo trabajador debía ser esclavo, porque todo esclavo era trabajador*. ¡Bello modo de raciocinar!

La esclavitud se transmitía de padres á hijos y se perpetuaba en las familias; los padres vendían á sus hijos y los hermanos á sus hermanas; la prostitución de los esclavos de ambos sexos se consideraba la cosa más sencilla y natural; los *amos* traficaban con sus esclavas hermosas y se las regalaban mutuamente.

Un *amo* podía matar impunemente á su esclavo, y si mataba al de otro le indemnizaba con una caballería mayor ó menor, una res, ó cualquier otro animal que formase rebaño; los mercaderes corrían tras de los ejércitos para comprar al vencedor los cautivos y prisioneros; en toda ciudad había mercado de esclavos, donde se exponían á hombres y mujeres completamente desnudos; el *amo* para lucrarse hacía que el esclavo *cubriese* á la esclava, como se hace con los animales, separándolos después brutal y despiadadamente.

Si un ciudadano era asesinado en su casa y los esclavos no denunciaban al asesino, todos eran condenados á muerte, dándose el caso de morir *cuatrocientos* en medio de horroresos tormentos por no descubrir al asesino de su amo, cuyo nombre y paradero ignoraban; y si un esclavo mataba á un hombre *libre*, aunque fuese en defensa propia, se le imponía el castigo de los parricidas, enclavándole en una cruz, donde moría despedazado por los sangrientos buitres.

Cuando Tebas cayó en poder de Alejandro, más de

treinta mil habitantes fueron vendidos públicamente á *seiscientos* reales de nuestra moneda; llevaban á los esclavos á pelear por sus ambiciones, y más tarde establecieron escuelas de *gladiadores* y levantaron sangrientos *Circos* donde el esclavo derramaba su sangre... ¡Oh! ¡y desdichado de aquel que no caía en una noble actitud y no moría dando pruebas de valor en su cruel agonía! Estos *juegos* duraron *SEISCIENTOS* años y en ellos fueron inmolados millares de víctimas...

¡Y esta sociedad ha existido! ¡Y el sol no ha apagado su luz! ¡Y la tierra no se ha abierto! ¡Y la humanidad no ha perecido toda de vergüenza y horror!

Segun Plauto, era necesario, aunque la conducta del esclavo fuese *irreproachable*, maltratarle siempre, para que no olvidase que era *derecho* de su amo... y esto mismo sabio llegó á escribir más tarde en su famosa *Auluzana*, que *la naturaleza nos ha creado á todos libres, que todos amamos la libertad instintivamente, y que el peor de los males, el más espantoso, es la servidumbre*.

¡Sabios de Grecia! ¡Héroes de Atenas! ¡Eurípides... Homero... Cicerón... por la boca de Plauto estáis juzgados...! ¡Qué mayor triunfo para vuestras víctimas...!

III.

De esa bárbara ley que la historia conoce con el gráfico nombre de *ley de castas*, nació el padre absoluto, el Neurod asirio, cazador de hombres y de panteras; el teócrata sacerdote caldeo, el brahman indio, el mago persa, el doctor celeste de la China, el señor ateniense, el guerrero espartano, el levita griego, el fariseo judío, el fraile, el monarca y el señor feudal, y todos ellos cayeron sobre el hombre como plagas devastadoras, como esos vientos mortíferos del Asia que destruyen cuanto á su paso encuentran; y el hombre vagó por la tierra sin encontrar un árbol que le prestase sombra, sin un arroyo cristalino en que humedecer sus labios secos, de los cuales manaba sangre.

De esa *ley de castas* salió el pária, el sudra, el esclavo, el ilota, el hebreo egipcio, el hierodul de Capadocia, el pechero, el vasallo y el obrero de nuestros días; y los ojos del esclavo se cerraron ante la despoética mirada de su amo, y su cuerpo se estremeció al crujido del látigo cruel, y sus labios, que murmuraban una plegaria, exhalaban un grito de dolor envuelto en una maldición y una blasfemia.

El hombre, tratado como la bestia, cazado como el tigre, acosado como el jabalí, vendido como una mercancía, no encontró refugio en parte alguna; gritó y nadie quiso oírle; blasfemó y le maldijeron; trató de huir y le crucificaron; ¿y quién? una clase privilegiada, un puñado de hombres miserables que hacen morir cruelmente á Espartaco y enclavan á Jesús en una cruz.

Constituida de este modo la sociedad, ¿quién osaba levantar la voz en defensa del oprimido? ¿Quién consolaba al triste ó amparaba al inocente? ¿Quién se atrevía á exclamar: ese pária, ese ilota, ese esclavo es nuestro hermano, el hermano del patricio, del señor y del fraile? Nadie; tenían las cadenas que ellos mismos habían forjado; tenían el cadalso que ellos mismos habían cons-

truido; temían á otro hombre igual á ellos; temían al verdugo.

Y los bardos, los trovadores y los poetas cantaban la hermosura de las cortesanas y las prostitutas, y celebraban á *Julia*, que coronaba la estatua de Marte con tantas coronas como veces se prostituía cada noche; ó las veleidades de Cleopatra, ó las victorias de Alejandro cuando trocó más de treinta mil hombres libres en esclavos, ó la destrucción de Troya, ó la ruina de Numancia y Sagunto. Todos estos crímenes han cantado los bardos y descrito los historiadores; para los grandes y los poderosos, para los tiranos y los caballeros no han faltado jamás liras ni plumas, y nadie recordaba que la esclavitud y el pueblo tenían también sus mártires, sus sabios y sus héroes; que Espartaco era un triste gladiador, Jesús hijo de un pobre carpintero, Rienzi un tabernero, Colón un marino, Massaniello un lazaroni, Juan Lorenzo un pelaire, Cromwel un soldado, Washington un sargento, Manso un molinero, Lincoln un leñador, Juárez un Indio.

Olvidaron que ese esclavo, ese hijo del pueblo, es el mejor y más inspirado poeta y el más grande y verídico de los historiadores; compone sus versos á la luz de las estrellas, entre el rocío de las flores y el aroma de los campos; escribe la historia con la punta de su arado, ó la lleva impresa en su robusto pecho; le faltaban historiadores, pero él se los creó; carecía de instrucción, pero le abrasaba la ardiente llama del génio; no tenía estudios, pero tenía de sobra inspiración y grandeza.

IV.

Aunque amarrado á la dura cadena del esclavo, ese pueblo concibió la idea de su libertad; en Italia se levanta seis veces en sesenta años; los ilotas se defienden contra los espartanos durante diez años en el monte Ithome; Eneo, al frente de muchos esclavos sicilianos, es derrotado después de haber muerto al tirano Damófilo; más tarde, el valeroso Espartaco, un pobre y oscuro gladiador, declara la guerra á Roma, derrota á Cosinio, se apodera de Metaponte y Furio, y muere heroicamente demostrando que el esclavo valía tanto como el noble.

La Edad Media es una lucha sin tregua entre el vasallo y el señor; en el siglo xi se forman las *comunidades* de villas y ciudades contra el poder feudal; los reyes buscan el apoyo de los pueblos contra los nobles, y les conceden los fueros, los privilegios, los usajes, las cartas-pueblas y las Milicias populares.

Los comuneros de 1520 no triunfan por falta de union; que el pueblo no lo olvide jamás. Vencido hoy y vencedor mañana llega el esclavo al siglo xviii, y la revolución francesa proclama con la República los *derechos del hombre*; ya no hay esclavitud, pero aun quedan esclavos, los obreros; y es preciso que así como el tercer Estado ocupó su puesto en el siglo xviii, el obrero llegue á ocupar el suyo en el siglo xix.

¿Qué es preciso para esto? Que se instruya; que comprenda sus *derechos* y practique sus *deberes*.

Es preciso que esta sociedad actual, que aun vive de recuerdos, comprenda que ese esclavo de ayer es el

hombre de hoy, que ha roto cada día, cada hora, un eslabón de su larga y pesada cadena.

Hoy nuestra sociedad no ha podido desear los vicios que le legaran sus mayores y lleva en sí el virus ponzoñoso que le trasmittieran sus antepasados; así los veis alabar un rico sillón y olvidar al tapicero; ensalzar el precioso velador de nácar y palo santo y no acordarse del ebanista; admirar una estatua y no tener una frase para el escultor; extasiarse ante un cuadro sin preguntar por el artista; llamar sublime á un grabado é ignorar el buril que le grabó; asombrarse ante el imponente túnel, el canal, el puente ó la fábrica y no tener una palabra para el obrero que pereció en su construcción; recrearse ante un risueño paisaje sin decir nada del agricultor; gozar á la vista de un buque sin recordar al marineró.

¿No es verdad, nobles hijos del trabajo, que esto es horrible?

Vosotros debéis recordar esto, no para odiar á esos hombres, que al fin son vuestros hermanos y vosotros debéis ser más generosos que ellos, sino para *instruirlos* más y más por medio de la escuela, del libro, del periódico, de la tribuna, del club, de la cátedra, del folleto, haciéndoles comprender que valeis tanto ó más que ellos.

Es preciso que los obreros os asociéis mucho y en todas partes, creando una grande sociedad, una nueva España, la España del porvenir; es preciso que triunfeis en las elecciones, que vuestra honrada blusa se ostente al lado de la aristocrática levita; es preciso, sobre todo, que no descuideis la educación de vuestros hijos, teniendo presente que la *instrucción* y la *ilustración* es la mejor herencia que podeis dejarles.

Es preciso que llegue un día en que el obrero, al levantarse en la tribuna, pueda exclamar ante la sociedad reunida á su pie:

«Yo lo soy todo en el mundo; si hubo un tiempo en que fui esclavo y viví sujeto á una bárbara cadena, hoy, usando de mis *derechos*, practicando mis *deberes*, os perdono las pasadas injurias, proclamo la fraternidad entre todos los hombres, y á la sombra de la bandera republicana, que es la bandera del pueblo, la única que me ha cobijado en mis tristes y azarosos días, vengo á ocupar el puesto que me corresponde en el concierto universal de los poderes públicos.»

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS.

A EL TAJO.

(Desde los montes de la otra banda del río.)

(Continuación.)

X.

Tajo, (¡oh dolor!) en tierras españolas

Un puro acento hirió tu línia verde,

Acento que murmuró entre tus olas,

Pues la voz de una madre no se pierde.

Ni se pierde su llanto: ¡ay de mí, triste!

¡Mujer, santa mujer! ¿Me perdonaste?

¿Cómo pagar lo que por mí sentiste!

¡Cómo pagar lo que por mí lloraste!
Y al espirar bajo el paterno techo
Hondo recuerdo te asaltó importuno;
Tú contaste á tus hijos desde el lecho,
Y dijiste llorando: «*Falta uno!*»
Muriendo lloras por el hijo ausente.
¡Cómo pagarte aquel afán prolijo?
¡Cómo pagar lo que una mujer siente
Cuando dá el primer beso al primer hijo?
Si allá en tu cielo puede entrar mi pena,
A ti mi pena llegue, madre amada,
Llena de amor y de suspiros llena,
Yo volveré á besar tu huesa helada.
¡Quién pudiera pasar la breve vida
Contigo hablando en plática amorosa,
Sobre la tierra en donde estás dormida,
Junto á la cruz de tu desierta fosa!
Tu amor que fué tu gloria y tu destino,
De mi suerte templara los rigores:
Amor puro, amor casto, amor divino,
Amor... que es el amor de los amores.
Mientras que al odio de una ley resisto
Bajo la ley de bienhechores lares,
El Tajo, que tus lágrimas ha visto,
Con tu recuerdo alivia mis pesares.
Y esas flores que ven mi acerbo llanto,
Acerbo llanto que mi rostro escalda,
Para ornar tu sepulcro sacrosanto
Me darán ¡madre mía! una guirnalda.

XI.

Antes de que en las costas lusitanas
Tan rico y grande te amanezca el día,
De snucos coronado tú engalanas
Campos y bosques de la patria mia.
Por tí me acuerdo con amarga pena
Del gran pueblo señor del Oceano;
¡Aun ese fondo en su revuelta arena
Siente la quilla del bajel hispano!
Allí batió la lona; tú la viste.
Allí estuvo el piloto, allí el remero.
Allí noche tranquila escuchó ¡ay triste!
La agorera canción del marinero.
Allí rompieron tu corriente aviesas
Las poderosas naves españolas,
Y la brisa del mar que tu onda besa
Rizaba sus flotantes banderolas.
De allí partieron para el mar lejano,
Llevando por divisa un nombre solo;
Por empresa, el valor; por patria, el mundo;
Por conquista, la mar; por rumbo, el polo.
Pregunta al Sud, que arroja nube parda;
Pregunta al mar que junto á mí suspira;
Pregunta al monte que tu arena guarda;
Pregunta al sol que en tu cristal se mira.

ROQUE BANCIA.

(Se continuará.)

EFECTOS DEL FANATISMO.

IV.

Fuñesta, fué la época por que atravesó España des-
pués de los acontecimientos que hemos narrado.
No impunemente se sacan las eternas leyes de hu-

manidad y de justicia; no en balde se desoye la voz de la clemencia, que cuando esto sucede hay siempre una expiación como castigo á aquellas faltas.

España, desde el momento en que faltando á la humanidad, á la clemencia y á su propio interés, realizó los hechos que nos ocupan, principió á sentir el peso de su injusticia. Y abrumada, debilitándose sucesivamente, arrastró por mucho tiempo una existencia desgraciada.

Ya hemos indicado anteriormente el desden con que eran mirados por los españoles ciertos oficios y artes mecánicas, dando lugar con ello á que cuando faltaron los brazos que los sostenían decayesen visiblemente aquellos.

Y no podía ser de otra manera. Solo estando fatalmente obcecados podían no preconcebirse los resultados que habían de tener lugar. Con la disminución considerable de brazos y la falta de conocimientos, ¿qué sucedió? «Desaparecieron de las ciudades de Castilla, dice un historiador, las numerosas fábricas de jабon, cristal y vidrio que antes existían; lo mismo sucedió con las de azúcar abiertas en Granada y otros puntos de Andalucía; el número de telares de seda quedó reducido á unos cuatrocientos; hízose imposible elaborar el lino, el cáñamo, el algodón, el pelo de camello y de cabra, y todas estas materias salían del reino para volver fabricadas. Los fabricantes de papel, de sombreros, de hebillas y de botones de metal, de afileres y peines, renunciaron á su industria; las fábricas de porcelana, los latoneros, herreros, cerrajeros y forjadores cesaron en su trabajo: de los afamados talleres de Segovia no salían ya más que cuatrocientas piezas de paño de mala calidad; Cuenca no exportaba sino diez mil arrobas de lana en bruto y solo tenía tres mil, y unas cuantas fábricas de sedería, lanería y terciopelos era todo lo que quedaba en Granada, Córdoba y Toledo.»

Hé aquí cómo el fanatismo recompensaba á España el fanatismo religioso, con la ruina.

Y no se diga que nosotros disfiguramos los hechos en lo más mínimo. De intento hemos copiado en este como en los artículos anteriores algunos párrafos de autorizados historiadores, de quienes nadie podrá dudar. Pero ¿cómo necesitamos esforzarnos para demostrar la verdad de hechos que se realizaron siguiendo las inmutables leyes de la naturaleza? Los pueblos como los individuos sufren aberraciones que les impulsan por un camino torcido, del que salen triunfantes, pero también destruidos.

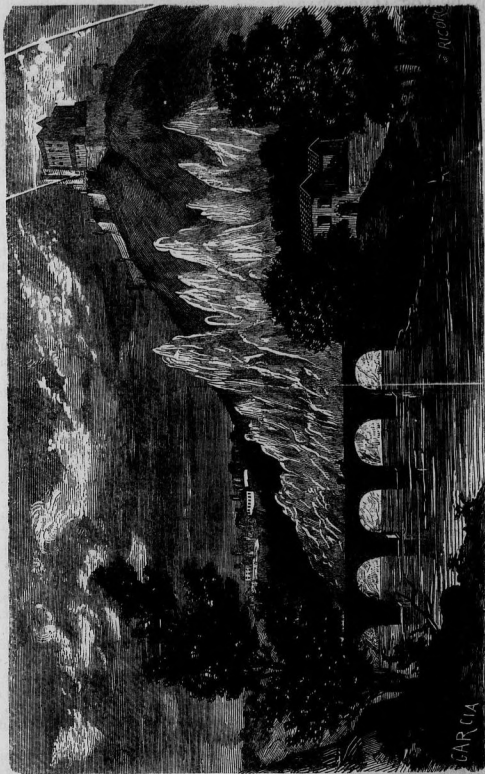
Así sucedió en España. El egoísmo de una idea le empujó en el mal camino, y el egoísmo triunfó, ¡pero á qué caras condiciones!

Aldeas abandonadas, campos desiertos, terrenos por cultivar, fábricas silenciosas, talleres cerrados; por doquiera la postración, el abatimiento, la muerte. «La agricultura (1) fué la que más perjuicios experimentó, revelándolo así desde el primer momento con su inmediata decadencia. Las fértiles campiñas de Valencia y Granada quedaron por algún tiempo yermas, sin que los nuevos pobladores á ellas enviados de otros lugares

(4) Victor Guebart. *Historia de España*.

de España, de Italia y del Langüedoc para que aprendieran el cultivo al lado de los pocos moriscos que habían quedado, lograran sustituir en mucho tiempo á la poblacion antigua. Los terrenos ingratos y montuosos

en Castilla y en Aragon se quedaron por cultivar; el hambre no tardó en diezmar á la poblacion cristiana, y la más cruel miseria ejerció por muchos años sus rigores en aquellas comarcas. Si algunos señores territo-



VISTA DE LAS MINAS DE SAL DE CARDONA.

tales ganaron con la herencia de los moriscos, en cambio fueron muchos los que perdieron, y hasta hubo de señalarse algunas pensiones alimenticias.

Triste cuadro nos ofrece la historia en estas páginas.

Hoy, que el tiempo ha fundido como en un crisol aquellos hechos y podemos observar sus resultados, admiranos que á tal extremo lleve su ceguedad á los hombres, que les obligue á sacrificar cuanto impida la rea-

lización de sus fines. Este pensamiento nos sugiere algunas consideraciones, que haremos, para concluir, en el número próximo.

JAVIER ALVAREZ LINDE.

(Se concluirá.)

EXTINCION DE LOS ALMOGOBARES.

PARTE SEGUNDA.

VENGANZA CATALANA.

(Continuación.)

Cuando llegó á noticia de estos la prision de Berenguer y pérdida de la armada, en vez de intimidarse por tan rudo golpe, reunieron sus capitanes en consejo y acordaron defender á todo trance á Gallipoli; nombraron jefe á Rocafort, dándole un consejo de doce capitanes, y resolvieron inutilizar, como lo ejecutaron, todas las naves que les quedaban para no tener otro recurso que la victoria ó la muerte. Así que Rocafort, hombre sagaz, sereno, valiente y conocedor de sus tropas, ejecutó con placer las mismas medidas que él había iniciado; y además, como político de bastante destreza, hizo grabar un sello para su gobierno con la inscripción de «Hueste de los francos que reinan en Tracia y Macedonia» para aprovechar así el auxilio de los aventureros franceses, italianos y de otras naciones que se hallaban en el imperio, y engrosar con sus huestes el muy reducido ejército de que podía disponer, que según la generalidad de los autores que describen esta expedición, estaba reducido á mil doscientos infantes y trescientos caballos, aunque en esto debe haber alguna exageración, según mi cálculo; pues si atendemos á que el ejército de Roger constaba de ocho mil hombres aproximadamente, que luego se aumentaron á cerca de doce mil con los refuerzos de Rocafort y Berenguer de Etenza; así como tambien que antes de ser asesinado le mandó Andrónico reducirle á cinco mil hombres, lo que prueba que aun conservaba mucho más número, y que para cumplir esta orden mandó las fuerzas sobrantes á Berenguer y á Ciccio, que no se dice fuera tomada por los griegos después de su muerte; y finalmente, si se considera que de los cinco mil hombres solo tomó mil doscientos para ir á ver á Miguel, dejando los demás bajo las órdenes de Rocafort en Gallipoli, claro está que, aun perdidas todas las fuerzas de Berenguer, las de los presidios ó fortalezas y las espardidas en los pueblos, quedarían más de tres mil hombres de guerra en la época de que hablamos; y tanto debe ser así, cuanto que más adelante, después de mil combates, toma de plazas, etcétera, etc., vemos figurar el ejército con siete ú ocho mil hombres, cuando solo había tenido el refuerzo de tres á cuatro mil entre turcos y tróoplos auxiliares.

Empero sea el número que quiera, las resoluciones no por eso fueron menos heroicas, ni menos bien ejecutadas, ni de un éxito menos brillante; pues la primera consecuencia de ellas fué salir los almogobares á batirse con el ejército sitiador, que por primera intención presentó ocho mil hombres en batalla, los cuales fueron

destrozados en un momento, y sin descansar lo fueron igualmente el centro y retaguardia ó reservas, de un modo tan absoluto, que murieron al filo de la espada almogóbar, ó ahogados en los rios que tenían que atravesar en su rápida huida, veinte mil infantes y seis mil caballos de los griegos.

Es verdad que los almogobares, una vez deshechos sus enemigos al terrible empuje de su brío, no dieron tregua á la persecución, ni cuartel á los vencidos, ni se entretuvieron á recoger despojos hasta que no quedó griego que pudiera volver la cara hácia los vencedores; pero en cambio luego con cuánto placer y seguridad recogieron los despojos y el botín de guerra! Ocho dias emplearon en verificarlo, y por segunda vez pudieron los almogobares trocar sus desarapados trajes por sedas y púrpura, más dignas de ellos que de los emperadores y grandes dignatarios que hasta entonces habían podido usarlas solamente por el crecido precio de su coste.

Después de esta victoria y para aprovecharse del terror que produjo, salieron devastando y asolando todo el país, recorriendo mucha parte de la Tracia y aumentando el botín. Entre Aprós y Cipsela encuentran nuevo ejército griego á las órdenes del emperador Miguel y le baten con la misma suerte; por más que el emperador hace reñido el combate con prodigios de valor, batiéndose personalmente con un marinero, á quien creyó capitán por la riqueza de su traje, animando á los suyos para llevarlos de nuevo al combate y haciendo todo lo que puede hacer un hombre pundonoroso: todo fué inútil, y tuvo que retirarse herido y en la persuasión de que los almogobares eran invencibles. En esta batalla no tomaron parte menos griegos que en la anterior; pero tuvieron menos pérdidas, porque los catalanes no siguieron el alcance por temor de una añagaza del enemigo, ó de que, rehecho, pudiera destrozar á sus vencedores deseminados, y que no pasaban de tres mil hombres. Ocho dias descansó el ejército en Aprós, al cabo de los cuales dió la vuelta á Gallipoli. Entre tanto en Andrinópolis acaecía otro suceso homérico. Sesenta prisioneros de los que guardaban los griegos para sacrificarlos al furor popular en sus festividades, sabedores de estas victorias, concibieron la esperanza de unirse á sus hermanos á fuerza de valor. Para ello se apoderaron de una torre, y con las armas de sus mismos enemigos se hicieron fuertes en ella; pero no pudieron salir, porque las fuerzas de la ciudad y los restos del ejército vencido les cercaron completamente infimándoles la rendición. Un solo almogóbar mostró deseos de verificarla, y sus compañeros le arrojaron desde la torre para que su debilidad no les contagiara, y después se defendieron hasta morir todos envueltos en el fuego que los griegos arrojaron al fuerte en la imposibilidad de vencer de otra manera.

Las excursiones de los almogobares no tuvieron límite después de estas victorias, llegando su arrojó á tal extremo, que un almogóbar que perdió al juego su parte de botín, fué solo á los jardines de Constantinopla, apisionó á dos genoveses, y no los soltó hasta que le dieron un crecido rescate.

En una de las expediciones tomaron á Rodesto, y la venganza por la muerte horrible que en esta ciudad

dieron á los embajadores, fué tan cruel como merecía, hasta degenerar en proverbio. Revolvieron después sobre Paccia, y la asolaron con no ménos furor.

Fernán Jiméñez Arenos, que se había retirado bajo la jefatura de Roger, sabedor de su muerte, volvió á Galipoli con ochenta soldados, que pronto se elevaron á trescientos, y con ellos empezó sus excursiones, saqueando é incendiando los pueblos á la misma vista de Constantinopla.

Andrónico, sabedor de sus cortas fuerzas, mandó un cuerpo de dos mil infantes y ochocientos caballos para cortar la retirada; pero fueron destrozados por Arenos, quien dió sobre Módico, plaza fuerte, y tan bien guardada, que sus habitantes tomaron á risa el cerco. No obstante los chistes de los sitiados y aun hasta las diatribas de sus mismas tropas, Arenos sostuvo ocho meses el sitio, y concluyó por tomar la plaza en un día de fiesta en que sus defensores se descuidaron entregándose á desmedidas libaciones en honor de Baco.

En esta plaza fuerte sentó su cuartel general, y de allí partía para todas sus correrías, viniendo á hacerse casi independiente de Rocafort. El ejército, pues, quedó dividido en esta forma: Montaner en Galipoli, Rocafort en Rodoesto y Paccia, y Arenos en Módico. Sabedor de ello el general griego Cristopol, se propuso sorprender á Arenos; pero entretenido en tomar unos carros cargados de botín que había á las inmediaciones de ella, dió tiempo á que Montaner, avisado por un carretero que pudo huir, cayese sobre él con catorce caballos y algunos almógarabes, le venciese, rescatase la presa é hiciese otra mayor.

Rocafort y Arenos reúnen sus huestes y corren cuarenta leguas devastando el territorio hasta llegar á Estafiara, en donde sorprenden una armada turca de ciento cincuenta velas y la destruyen incendiándola y rompiendo los diques del puerto. En esta expedición recobraron cuatro galeras de las perdidas en Constantinopla á la muerte de Fernando Alones.

De regreso á Galipoli tiene Rocafort noticia de que se retirán á su país los alanos, y deseoso de vengar en ellos la muerte que su capitán Gregorio dió á Roger, abandona todas las fortalezas menos Galipoli y á marchas forzadas acude á interponerse entre ellas y el monte Hemo, término de la jurisdicción griega. Trábase un combate horrible, porque los Mesagetas, valientes y fuertes en número, se resisten con desesperación; pero los almógarabes triunfaron completamente dejando escapar sobre trescientos alanos de tres mil caballos y seis mil infantes que componían su hueste.

ULPIANO VENGES.

(Se continuará.)

CANTARES.

A Valencia me voy, madre,
A amar á una valenciana,
Que las hijas de esa tierra
Todas son republicanas.

Valencianos son tus ojos,
Valenciana tu mirada;
Niña de los ojos negros,
¿Eres tú república?

Por las calles de Valencia
Canta una niña con sal:
«Madre, de amores me muero
por un joven federal.»

J. A. FONNÉA.

ESTUDIOS PREHISTÓRICOS

EL HOMBRE FÓSIL.

(Continuación.)

III.

Edad de hierro.

Sin el descubrimiento de los metales, ya lo hemos dicho, el hombre hubiera sido enteramente salvaje; debemos añadir que la civilización del hombre ha aumentado con el grado de perfección que ha impreso á los minerales.

Entre la edad de piedra y de bronce, hay un mundo de descubrimientos; el fuego, la conversión de la piedra en líquido y este en instrumentos necesarios.

Pero el bronce por sí solo no podía bastar á llenar las necesidades de la vida; el bronce, imperfecto aun en su confección, resultaba ó demasiado maleable ó muy quebradizo. ¡Cuántos ensayos no harían aquellos artífices para poder fabricar un cuchillo que reuniera todas las circunstancias precisas para su objeto!

El hombre en sus pesquisas buscaba un agente que sustituyera á las materias, aun imperfectas, de que se servía para la fabricación de sus instrumentos.

Este agente fué hallado, el hierro, verdadero rey de los metales, y con su hallazgo pudo ya presentir una nueva era y un porvenir risueño la humanidad.

Desde el momento que el hombre pudo disponer de este precioso metal, su imperio se extendió, sus facultades y su actividad inteligente se desarrollaron, y levantó la cabeza mirando directamente al firmamento como para preguntarle cuál era su misión en el mundo.

Por esto se llama á la *edad de hierro* el período más creciente del desarrollo de la humanidad, y nadie se aturde de la riqueza de datos que se encuentran de esa época tan remota.

¿Cómo descubrió el hombre el hierro? Y una vez descubierto, ¿de qué medios se valía para hacer la reducción del estado mineral al de pasta?

El hierro nativo, es decir, natural, es eminentemente raro; no se encuentra nada más que en los *aerolitos*.

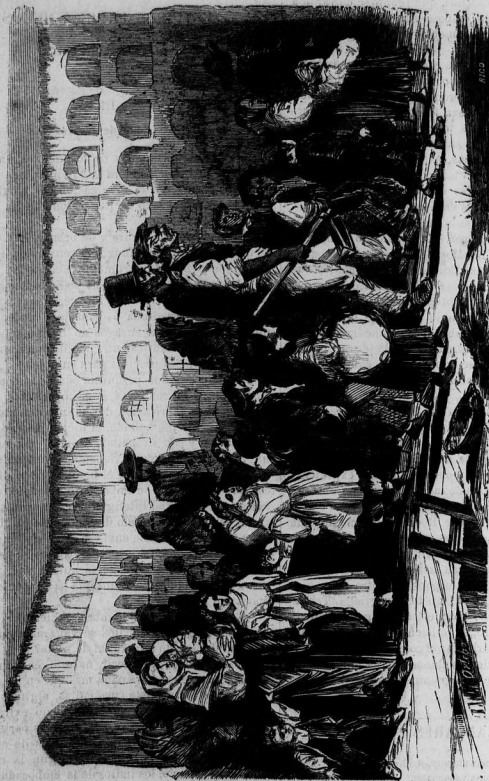
Según el naturalista ruso Pallas, algunas tribus de la Siberia pueden con mucho trabajo extraer de los aerolitos que hallan en su país algunas partes de hierro que les sirven para fabricar hojas de cuchillo; lo mismo hacen los japoneses, y según la relación de Américo Vespucio, los indios de la embocadura del río de la Plata fabricaban en el siglo xv puntas de flecha y otros instrumentos con pedazos de hierro extraídos de los aerolitos.

Pero no hay necesidad de decir que las *piedras caídas del cielo* son muy raras para que el hombre haya pensado jamás en explotarias para extraer metales; más bien debemos creer que el descubrimiento del hierro

fué debido como el del cobre y el estaño á la reduccion de su óxido bajo la influencia del calor del fuego.

Puede oponerse á estas razones la fuerza prodigiosa de calórico que es precisa para la fusion del hierro, ó hablando con más exactitud, la imposibilidad de fundir

el hierro sin el auxilio de hornos industriales: la fusion del hierro no es necesaria para trabajarla; ninguna industria de los pueblos primitivos hubiera podido llegar á producir el hierro colado, ni lo necesitaban; para su objeto reduciendo el óxido de hierro al estado espon-



COSTUMBRES DE MADRID.—ENTIERRO DE UNA NIÑA.

joso, y con ayuda de martillos, se convierte el mineral en una verdadera barra de hierro.

El oro fué conocido en la edad de bronce, pero la plata no se empezó á usar hasta la de hierro; la plata no se puede usar sin separarla del plomo á que está unida en

sus ya cimientos naturales; la separacion de estos dos cuerpos constituye una operacion metalúrgica muy complicada; hasta la época de hierro el hombre no pudo efectuar la *copelacion*, es decir, la separacion, por medio de cazuelas de ceniza convenientemente, prepa-

radas, del plomo y la plata en los minerales argentíferos.

Además, tenemos como objeto digno de estudio los objetos de alfarería de esta época. Ya aparece el torro y su cocción se hace más perfectamente, lo que supone hornos perfeccionados.

También en esta época aparecen las monedas; las primeras, las más antiguas, son de bronce, y no están fabricadas por el troquel, están fundidas; los *ochavos morunos*, de que estamos inundados, tienen muchos puntos de contacto con las encontradas por M. Desor en el lago de Neuchâtel: solo se diferencian de estos en que por un lado contienen un busto groseramente hecho y por el otro un perro con cuernos.

El objeto más antiguo de esta época remota se ha encontrado en Austria, en las salinas de Salzbouurg, y consiste en una espada de hoja de hierro y puño de bronce, lo que parece indicar perfectamente el paso de una época á la otra; además, puñales, cuchillos y otros instrumentos, cuyo uso es desconocido hoy, prueban lo mismo, puesto que están unidos los dos metales indistintamente, y se han hallado en diferentes localidades.

En esta época quemaban los muertos; casi todas las tumbas descubiertas parecen indicarlo así; las que más se han estudiado son las de Hallstadt (Austria), y en una de ellas se ha encontrado un esqueleto á medio quemar rodeado de instrumentos metálicos, mientras en casi todas las demás no se han encontrado nada más que instrumentos idénticos y cenizas; en otras se han encontrado las cenizas depositadas en vasos de tierra cocida colocados sobre algunos instrumentos, lo que parece indicar diferencia en los funerales.

Los objetos de adorno se componen de collares, brazaletes, sortijas, cinturones, vasos, fabricados unos de hierro, otros de bronce, algunos de oro, y ninguno de plata; también abundan objetos de marfil parecidos á alfileres para sujetar el cabello.

Ya en este tiempo el hombre sabe lo que vale; ya ve á la tierra producir en relacion al trabajo empleado en ella, y sus instrumentos de agricultura se perfeccionan; se encuentran hojas de guadaña parecidas á las actuales y que debían como hoy servir para cortar las mieses; los arados de aquella época eran de madera y hierro; no se conserva más que la armadura de hierro, y por su forma y tamaño se puede suponer que el hombre removía la tierra valiéndose de sus fuerzas; los frenos para los caballos se componen de dos grandes anillos de hierro sujetos por una cadena del mismo metal.

Cuánto y cuánto la imaginación del hombre ha trabajado para llegar á dominar la aspereza de la tierra; en su superficie encuentra ciertamente todo lo que necesita; ¿pero en qué estado? ¿en qué forma? Tiene que empezar por fabricarse una piel, de que carece, que le sirva para defenderse de la inclemencia atmosférica y ponerse un abrigo contra la intemperie.

Sus uñas y sus dientes son débiles para defenderse de las fieras que pueblan este planeta, y primero con palos y piedras, y luego con estos mismos elementos combinados que le dan por resultado los metales, se fabrica armas, con las que se defiende y á su vez ataca á los más formidables animales de la creación.

Tiene que fabricarse una casa, el alimento; ya le

hemos visto hacer sus armas; pronto le veremos fabricar su choza, su pueblo, y mejorar los frutos de la tierra hasta hacerlos comestibles.

MARIANO LEBROUX.

CUENTOS POPULARES.

Una hija del pueblo.

(Continuación.)

Cármen era una de las muchachas más bonitas de la fábrica de algodones de la ciudad de X.

Pertenecía al gremio de las tejedoras, tenía dos telares á su cargo, ganaba buen sueldo relativamente á lo que se gana en aquella fábrica, y era respetada por el celador de su departamento, que, protegiéndola constantemente, nunca había osado traspasar los límites de la prudencia.

Esto, que parece un fenómeno, tenía su explicación en las relaciones amorosas que Cármen mantenía con un operario de la misma fábrica, joven de veinticuatro años, tan apreciado por su honradez y generoso comportamiento, como temido por sus buenos puños y proverbial valor.

Las relaciones de Eduardo (que este era el nombre del joven) y Cármen eran tan puras, tan inocentes como puro é inocente es el amor en sus primeras manifestaciones. Ambos se habían jurado constancia eterna, y ambos abrigaban el propósito de unirse en eterno lazo ante Dios y los hombres en un plazo brevísimo.

Cármen, que tendría á lo sumo diez y siete años, era una de esas mujeres que, sin estar dotadas de todos los atractivos de la belleza, en una fisonomía vulgar ostentan unos ojos de primer orden, ó unos cabellos de ébano ó de oro, ó cualquiera de esos rasgos característicos de la hermosura que bastan para fijar la atención, y aun para entusiasmar á cualquier hombre impresionable.

Cármen tenía las facciones un tanto vastas; pero ostentaba en sus mejillas el fresco y vivo carmin de las rosas; sus cabellos eran rubios como el oro, su talle era esbelto y flexible, elegante sin presunción, y su fisonomía revelaba un aire tan marcado de dulzura y de inocencia que, con estas cualidades, la humilde trabajadora se conquistaba al primer golpe de vista las simpatías de cuantos la rodeaban.

Eduardo era dichoso, con los amores de Cármen, y Cármen no pensaba más que en Eduardo.

Y ambos amantes eran felices.

Pero como la felicidad es de suyo inconstante y velleidosa, quiso la mala ventura que el propietario de la fábrica, paseando una tarde por los salones de su establecimiento, se fijase en Cármen, y entrara en deseos de *ochar una cana al aire*, como ellos dicen, con aquella muchacha, y al efecto se le acercó, pronunciando á su oído frases que probablemente nunca habría Cármen escuchado, á juzgar por el súbito aturdimiento que de ella se apoderó.

Cármen no contestó una frase siquiera á las palabras de D. Telesforo, ni se dignó, mejor dicho, ni se atrevió á mirarle.

D. Telesforo comprendió en seguida el terreno que

pisaba, y dirigiéndose á una vieja que trabajaba cerca de Cármen, estuvo hablando con ella un cuarto de hora, señalándola á cada momento á la víctima, que, sin comprenderlo que pasaba, volvió á ocuparse tranquilamente de su trabajo.

La felicidad de Eduardo estaba seriamente amenazada.

La *Celestina* á quien D. Telesforo había dado el encargo de seducir á Cármen, dió principio á su cometido con todo el ardor y buena voluntad á que podía obligarla una buena suma ofrecida por una persona que era inmensamente rica, y de quien dependía.

La elocuencia de la vieja, elocuencia probada en su larga carrera, rayó en esta ocasión á incomparable altura.

¿Pudo resistir Cármen esta elocuencia, tras de la cual veía todo un mundo de placeres y de encantos, cuadro bellísimo trazado de mano maestra por una artista tan consumada?

A cualquiera se le alcanza que la inocente joven debía sucumbir en esta lucha, en la cual se presentaba completamente desarmada ante enemigos terribles que poseían el arma poderosa del dinero.

Había además otras circunstancias.

Cármen, que siempre se había resignado con su suerte, comenzaba á rebelarse contra el destino, y la idea del lujo la preocupaba grandemente, con tanto más motivo cuanto que hasta sus mismas compañeras, muchas de las cuales ganaban ménos jornal que ella, vestían mucho mejor.

Sucedía esto porque Cármen tenía á su anciana madre postrada en el lecho del dolor hacía mucho tiempo, y su jornal apenas bastaba para cubrir las primeras atenciones de la vida, teniendo la enferma que carecer hasta de los medicamentos más indispensables.

FRANCISCO FLORES Y GARCÍA.

(Se continuará.)

APUNTES HISTÓRICOS

SOBRE LAS SIETE PARTIDAS DE D. ALFONSO EL SABIO.

(Conclusion.)

VI.

El nombre primitivo de este Código aseguran los escritores que fué el de *Libro de las Leyes* y *Fuero de las Leyes*; y otros pretenden que se llamó *Setenario*, por las siete partes en que está dividido, fundándose en la cláusula del testamento del monarca, otorgada en Sevilla el año 1284, que dice así: «Mandamos á aquel que lo heredare el libro que nos fecimos Setenario,» si bien esta opinion última no deja de ser combatida por ilustres escritores, que no conceden el título de *Setenario* sino al Código que se empezó en tiempo de Fernando III.

El juriconsulto Odrado y Alfonso XI en las Cortes de Segovia y Alcalá, fueron los que designaron primeramente este Código con el nombre de *Partidas*, con el que es y ha sido conocido desde entonces.

Resultado de lo anteriormente dicho, que los trabajos

para la formación de este Código se comenzaron el 23 de Junio de 1255 de la era vulgar, y que, como se lee en el prólogo, «fué acabado desde que fué comenzado á siete años cumplidos,» ó sea en 1263.

VII.

Algunos historiadores, admirando las altas dotes intelectuales del Rey, justamente apellidado *Sábio*, no titubearon en atribuirle la redacción de *Las siete Partidas*; pero no tienen en cuenta al sostener tales aseveraciones que es sumamente difícil reunir en un solo hombre el caudal inagotable de conocimientos que se requieren para emprender y dar cima á tarea de tanta monta y de tan vasta extension. Generalmente se consideraba á D. Alfonso como su autor; pero es sabido que en semejantes obras, no solo se declaran autores los que las formulan y redactan, si que tambien los que las impulsan y patrocinan con su autoridad.

Con certeza no se ha podido saber quiénes tuviesen el encargo de redactar este Código, pero por conjeturas verosímiles, no destituidas de fundamento, adivinase que uno de los colaboradores seria Jacome Ruiz, el de las leyes, auxiliado del maestro Roldán y el maestro Fernando Martínez.

Los datos que hay para designar como uno de los autores al maestro Jacome, son: que este juriconsulto fué ayo del rey *Sábio* antes de que empezara á reinar, y siempre gozó de la estimación del monarca; además, el cronista Ambrosio de Morales así lo asegura, segun testimonio del Dr. Berni, en estos términos: «Tuvo el rey D. Alfonso para hacer estas Partidas por muy principal letrado, entre otros, á Micer Jacobo, que despues por estas Partidas que hizo le llamaron Jacobo de las leyes; fué muy heredado en Múrcia, y dejó allí su casa, y los que hoy hay allí del linaje de los Paganen dicen que son sus descendientes. Está enterrado en la iglesia mayor de Múrcia, en una capilla que él mismo hizo junto á la torre.» Suponen otros escritores que el apellido de Jacobo de las leyes fué Pagan, y su patria Génova. Así lo colige el Dr. Berni de la citada nota de Morales, cotejada con lo que dijo el licenciado Francisco de Cascales en los *Discursos históricos de la ciudad de Múrcia* (1), al ocuparse del linaje de Pagan. Tambien se cita en apoyo de esto mismo una cédula del rey Felipe II, dirigida al corregidor de Múrcia el día 10 de Julio de 1578, la cual se halla en los referidos *Discursos* de Cascales, en el folio 253, y en ella se ve lo siguiente: «Aremos sido informados que el Señor Rey D. Alonso, que tanta gloria haya, hijo de D. Fernando el Santo (que siendo infante ganó este reino de Múrcia de moros), mandó despues siendo rey juntar en essa ciudad diversos fueros, privilegios, bulas y escrituras que están en el Archivo della y en el de la Iglesia, para ordenar las Partidas como se ha visto.»

Es probable tambien que el maestro Roldán fuera una de las personas encargadas de la redacción de *Las Partidas*, puesto que floreció en el reinado de D. Alfonso X y que gozaba de gran estima por parte del monarca.

(1) Fól. 369, col. 2.ª

Es tambien de presumir que el maestro Martinez fuera otro de los redactores del código, toda vez que floreció asimismo en aquel reinado y alcanzaba una envidiable nombradía como jurisconsulto.

D. Juan Luis de Novela, individuo que fué supernumerario de la Academia de Historia de Madrid y ministro del Crimen en la Audiencia de Valencia, en una carta dirigida á un celebrado jurisconsulto de su tiempo, dice así referentemente al asunto de que tratamos: «Para la formación de las Partidos nadie negará que D. Alfonso se serviría de los mayores letrados que habia entonces en España, entre los cuales era por aquel tiempo muy famoso García, comendador doticísimo de las Decretales, comunmente llamado español y natural de Sevilla, como lo afirma el insigne sevillano Alonso García de Matamoros en su aménisima *Narracion apologetica*: yo añado que es muy probable que las Siete Partidas se trabajaran en Sevilla, porque en aquel tiempo era la ciudad de España más favorecida de D. Alfonso el Sábio.»

VIII.

Aun podriamos indicar otras muchas cuestiones, tales como la de que si D. Alfonso XI corrigió este Código, y si recibió fuerza legal en el reinado de este monarca ó en los tiempos posteriores; pero en obsequio á la brevedad y por no aparecer difusos nos limitaremos á decir someramente que, segun se deduce del *Ordenamiento de Alcalá*, las Partidas adquirieron fuerza de ley en el reinado de Alfonso XI, biznieto del rey Sábio, y que aquel hizo en efecto algunas enmiendas cotejando diferentes ejemplares.

IX.

Para concluir solo nos resta manifestar las principales ediciones que se han hecho de esta obra, que son muchas, si bien los textos se reducen á tres. El más antiguo es el de D. Alonso Díaz de Montalbo, y la primera edición, arreglada á su texto, se hizo en 1491, siendo la última la de Lyon. El marqués de Montemar, en sus *Memorias históricas de D. Alfonso el Sábio*, asienta, pues, un error al decir: «que la primera edición se hizo en Leon de Francia el año 1550 con las glosas de Montalbo.» El doctor Berni, en el Prólogo de sus *Ayuntamientos á las Siete Partidas*, asegura que los Reyes Católicos mandaron hacer una publicación de estas leyes con las glosas de Montalbo, impresas en Venecia en 1501.

El segundo texto es de Gregorio Lopez, uno de los jurisconsultos más distinguidos del tiempo de Carlos I: el Consejo declaró auténtica esta edición, y por cédula de 1555 se mandó depositar un ejemplar en el archivo de Simancas. De este último texto, que goza de más autoridad y aceptación en los tribunales, se han hecho numerosas ediciones hasta nuestros días.

El texto tercero es el de la Academia de la Historia, publicado en 1807. A la última edición que de él se ha hecho se le ha dado la misma fuerza legal que á la de Gregorio Lopez, pudiéndose usar indistintamente de la una y de la otra en los tribunales del reino, segun la Real Orden de 1818. Últimamente en 1848 se ha publicado otra edición de las Partidas, arreglada al texto de

Lopez, con una introducción histórica, escrita por uno de nuestros más distinguidos jurisconsultos...

Hemos terminado, pues, estos ligeros apuntes, trazados con el solo objeto de dar á conocer la historia de las Siete Partidas á las personas no versadas en los asuntos de la jurisprudencia.

Castalla y Agosto de 1872.

JUAN DE D. SOLER.

LA CORRUPCION DE LA MUJER.

¿Quién esclaviza á la mujer?

La idolatría religiosa.

¿Quién trastorna la sociedad?

El fanatismo de la mujer.

La mujer, esa preciosa mitad de la especie humana, cuyas entrañas nos dan vida de su vida, y en cuyo regazo se arrulla nuestra infancia, y en torno de la cual gira nuestra pueril existencia, asimilando hábitos de sus hábitos y recogiendo sentimientos de sus sentimientos: la mujer, que hoy tierna y enamorada nos seduce con sus juveniles atractivos; que, espesa mañana, escuda nuestra actividad y dulcifica nuestros pesares; y que madre esotro día, es el mártir que sacrifica todos los momentos de su existir en rodear de fuerza y prestigio la naturaleza entera de la *generation* que en ella tiene raíces: la mujer, apoteosis del carino y primer emblema de la ternura; ese sér sin el concurso del cual no podria existir el *corazon*, por más que de un modo maravilloso pudiera engendrarse sin él la vida, ayer fué esclava del padre y del marido, hoy es el escarnio y juguete de esos libertinos que tienen helada la piedad y podria la conciencia.

Y si el *cristianismo, dogma moral*, la elevó á su verdadero rango, el *cristianismo sacerdocio*, la pervirtió en su celibato, seduciéndola con el oro sobrado que granjeaba en el altar, metalizando la religion y profanando la divinidad y sus templos; ó bien la redujo á una fe estúpida y de hábitos corruptores, que la llevaban á la *barbara seridumbre monástica*, bárbara, sí, porque es contra naturaleza, y es obra liviana de asquerosa sofistería!

Y cuando dado le fué secularizarla en soltería perpétua, la hizo barragana impúdica de sus torpes antojos.

Y cuando la vió esposa se atrevió á corromperla en su fidelidad conyugal para bastardarla en su prole, robando así tálamo al marido, y sudores y fortunas á las estirpes legítimas.

Y siempre, y con todas sus seducciones, si no la forzó á perpetrar el infanticidio horrendo, hizo al menos que, arrojado de entre sus brazos al inocente recién nacido, le expusiera á la caridad pública, para que esta, recogiendo piadosa, le alimentara con desprendimiento solícito.

El sacerdote, pecando sacrilego, ocultaba criminal la obra de sus liviandades para librarse de los anatemas canónicos. El seglar que dotando, ó que casándose, apenas incurria en responsabilidad legal por esos vicios, no pudo ser tan malvado.

Y el sacerdote era, además, rico, y vivía ocioso y regalado; y sobre el poderoso ascendente de su ministerio embaucador y despótico tenia el funesto contacto del confesonario, con el inviolable secreto del sacramento. Todo eso era en sus manos plaga contra la castidad de la mujer y terrible azote de la moral pública.

Sin celibato, sin riquezas y sin medios de fanatización, dadme sacerdocio; él se santificará en su ministerio, la mujer en su honestidad, y la familia y el pueblo en todas sus virtudes.

¡Oh mujer... ¡mujer! ¡Y en qué error tan grande has

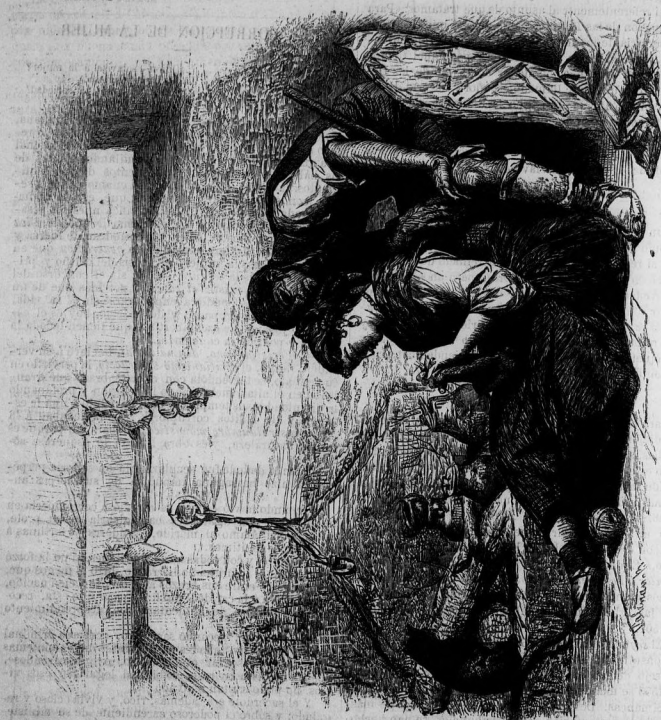
caído al creer que el sacerdocio cristiano (el de hoy al ménos) redimiéndote te enaltece!

Estímulos de lucro vil y de immoderada concupiscencia te llevaron, en tiempos antiguos, al mercado, y en los de la Edad Media también; y aun hoy, y en españolas *cristianas* colonias, como á bestia te trafican, y aquí te pervierten.

Y por móviles idénticos de falsa piedad cristiana,

con habilidoso atavío disfrazados, te llevan al templo, á la congregación y al tribunal de la penitencia.

Pero sea todo en buena concesión: acércate al santuario; asiste á las solemnes cofradías de *los flejes*; mas ni te distraigan, ante el altar, las músicas, ni te entusiasmen cánticos, ni te seduzcan ornamentaciones lujosas.



TIPOS ESPAÑOLES. ESCENAS DE ARAGON.

Ora desde el fondo de tu corazón al Dios del Gólgota, que es el Dios de la mansedumbre y las piedades; comunícate con él por medio de una *fé* tan pura como recogida en tí, y ofrécele en holocausto la pureza de tus afectos con la rectitud de todas tus obras, que sin estas toda *fé* es muerta.

El jefe del cristianismo para orar se retiraba á las soledades, y solo en la predicación se rodeaba de apóstoles y se le congregaban las multitudes.

Templo el universo, altar el corazón, *hostia* la rectitud entre aromas de *fé* purísima ofrecida. Sin embargo, lo repetimos aquí: *Id, mujeres, á las iglesias; pero con media hora os sobra.*

Si la oración no es el éxtasis, ó poco ménos, la oración es hipocresía, ó si no, necios murmullos de la lengua.

Al orar, que entre el hombre y Dios no se interponga idea, ni recuerdo, ni sentimiento alguno ajeno al su-

blime objeto de la plegaria santa; y á los que jamás quieran orar, dejados. No tienen fe, y no quieren ni deben de ser fariseos.

Las que en las Iglesias estais, más que breve tiempo, *mil viajes de imaginacion* haceis fuera de allí por segundo; si es que dentro no hay objetos que despierten en vuestro corazón la envidia ú otras pasiones, ó que os distraigan puerilmente.

Obrar así es pretender (pretension blasfema!) enganar á la Providencia con la mimica, como nos cautivan á nosotros los cómicos con supuestos títulos, con fingidos afectos y con la adiestrada exterioridad en todos sus papeles. Obrais infinitamente peor que los *incrédulos*.

Almas por ese estilo devotas, no temblais al reflexionar que sois los corruptores nefandos de una religion de fraternidad y justicia y los infames histriones de su culto?

Mientras procedais así, tanta será vuestra barnizada corrupción, como desastrosa la prosperidad del hogar, y pervertida la moral social, y solviatada y turbulenta la política de los pueblos.

El que disfrazá la religion, corrompe la moral y lo profana todo; porque el que osa mofarse de una *causa suprema*, es casi imposible que deje de escarnecer con friccion cuanto de secundario existe.

[Sacerdotes: no hagais *forzados de la fe*, que ellos se desbordarán rompiendo máscaras, y os arrastrarán á vosotros en su espantosa caída]

Con la intolerancia inquisitorial hicisteis muchos hipócritas al lado de muchas víctimas. Los hipócritas os han vendido, y la sangre de aquellos sacrificios humanos, debidos al hierro y al fuego vuestro, ha demandado y reclama hoy vuestra sangre.

Exploitais el flaco de la mujer, que, con más *corazon* que *cabeza*, siente é imagina muchísimo, para comprender y analizar bastante menos.

Abusais de ese carácter sexual, que es el distintivo psicológico de suyo, y así la pervertís á ella, desacreditándosla vosotros. Esto es una verdad que patentiza la experiencia de todos los días.

Mujer: tú nos haces un daño gravísimo con ser fanática.

En vida, si no rindes tributo de honra á la seducción, y te haces mogigata para encubrir tus liviandades, das, cuando menos, pechería de *limosnas piadosas* para sostener el esplendor del culto como *aparato teatral*, y en realidad para alimentar comodidades y vicios del sacerdocio.

En vida robas horas á los quehaceres domésticos: abandonas el hogar en manos de mercenarios, que si san: encomiadas los tiernos hijos al cuidado de sirvientas, que los maltratan y tal vez los pervertien: y tu marido anda de tí mal servido, y peor acompañado; y todo en desazon del amor conyugal, que con despegos se entibia; y todo en ruina de las haciendas, y con detrimento de la buena educación y salud de tus hijos.

Y hasta en las opiniones políticas te fanatizas, para que lleves á todas partes la zizania del desencuerdo.

Voy á *rezar*; voy á *confesarme*, dices, y con eso crees que satisfaces todos tus fines, que cumples todos tus deberes.

No: la mejor devoción, y hasta me atrevería á decir que la *mejor verdadera*, está en el *obrar bien*. El decálogo es la pauta de ese *obrar*. El decálogo tiene diez preceptos: uno solo es de culto. Y no dice que haya de ser externo, y congregado menos. La fiesta se puede *santificar* en la soledad.

Los eremitas y los frailes han dado muchísimos *santos* (según la Iglesia); el eremita vivía solo, y el fraile

como en familia: no rezaban entre millares de fieles. Esposas é hijas de familia: libros de la influencia clerical; purgas de las exageradas tendencias del lujo; amad, trabajad y economizad, y vosotras os santificareis redimiéndonos.

Terminemos ya estas reflexiones concretándolas.

Hemos oído hablar con escándalo de la manera impúdica con que la mujer india del Archipiélago filipino vende su honor, buscando al hombre para ofrecérselo.

Se nos ha dicho que el padre y el esposo trafican allí infamamente con las hijas y las mujeres, sirviendo ellos mismos de mediadores y de testigos.

Mucha corrupción tenemos que lamentar aquí en la madre patria; pero hasta tal no nos hemos degradado felizmente.

Somos fanáticos, y estamos viciados. La mayor cultura de razón nos ha librado de caer en el hediondo cieno en que el idiotismo de aquellos se revela.

Los idiotas son flusos hasta el extravío mental. Por eso el clero no ilustra, porque no podría embaucar entones.

Su torcida mision civilizadora tiene en la rudeza brutal á los filipinos indígenas.

Los sacerdotes y los políticos, arrastrados por el espíritu de un logro cruelmente usurpador, se hacen viboreznos de aquellos infelices isleños; y estos, por imitación, adquieren el hábito torpe de la más rastrera y soez de las mercancías: la *moneda* es su ídolo predilecto.

No era peor su condicion antes del malhadado desbrimiento.

Los políticos le prestan á usura insoportable, y con lo que así le roban le compran despues sus mujeres é hijas, y á él como á bestia le tratan, que la dominación de los ricos es de hierro.

Los curas también le saquean. Un sacerdote filipino, despues de prodigar el dinero en exesos de toda índole, se hace en diez años rico, y rica hace también á su familia. ¿Cómo tanto adquirir en tiempo tan corto? Saqueando con los maquiavélicos juegos del fanatismo.

Los frailes se lo han apropiado todo, y hasta los militares vivedores utilizan los años de servicio en aquellas remotas colonias.

Haced que el sacerdote ilustre, y todos esos males tendrán pronto y eficaz remedio.

La India, colonizada por la Compañía inglesa, ha podido alcanzar en *cien años* el engrandecimiento y cultura de la metrópoli. Porque el espíritu evangélico y el racionalismo filosófico han sembrado la pureza y la verdad en aquellas regiones.

Alemania, Inglaterra, Francia y otras naciones se afiliaron las primeras bajo el estandarte libre-pensador de esa escuela, y son las primeras también en la cultura y prosperidad de Europa.

Los Estados Unidos, guiados por ese espíritu, son el coloso de las grandezas de la tierra.

Y en nuestras Antillas, hollín de inmoralidad; y en nuestro Archipiélago, cieno y miseria; y en nuestra patria, cohechos, ambiciones enconadas, motines sangrientos y bancarota de Hacienda.

¡Todavía somos fanáticos nosotros, y nuestras mujeres lo son mucho más! ¡Tantos y tan terribles infortunios nos cuesta el ser esclavos de la Roma Pontificia!

¡Filipinos! ¡Mientras el cura os gobierne no tendreis pudor ni honra, ni seréis en nada perfectos!

Viteria 4.º de Agosto de 1873.

FRANCISCO RUIZ DE LA PEÑA.

REVISTA GENERAL.

Hay quien duda que el rey pueda hallarse en Madrid para el 24.—*Correspondencia de España.*

De sobra sabemos nosotros que la palabra empeñada por los radicales a doña Victoria, de la próxima vuelta de su exilio, era un verdadero camelio que los progresistas daban a la régia consorte.

El viaje de D. Amadeo se prolongará todo lo más posible, y la razón es muy sencilla: al estado á que ha llegado la política, habiendo declarado doña Victoria á algún hombre importante del radicalismo que carecía de influencia con los hombres de este partido; á los que un día calificaba con el grácil nombre de *chumbe*; anunciaba la vuelta de Sagasta y de los conservadores, en íntima amistad doña María Victoria con la duquesa de la Torre; conocía la influencia que doña Victoria ejerce en el ánimo de D. Amadeo; avivados sus odios y rencores por la falta de cumplimiento en la palabra que los radicales la empeñaron, el gobierno de estos no tiene más vida que lo que tarde en regresar D. Amadeo, bien disgustado por el error del recibimiento que ha merecido de sus nuevos y leales súbditos.

Ahora bien, la política radical se apoya sola y exclusivamente en tener alejada á la real pareja hasta que las elecciones hayan terminado; entonces, y contando con la mayoría, creen que no podrán ser arrojados del poder constitucionalmente... y por si este caso llega, cabildan, tratan y buscan á los republicanos, dispuestos, en un momento de despecho, á proclamar una República-democrática-convencional, segunda edición de la monarquía democrática, y absurdo el más grande de todas las escuelas político-sociales.

Si esto es en verdad, sospecho que cerca le debe andar.

Como además de ridículo es altamente vergonzoso que hombres convertidos en autoridad mientan á sabiendas y con tal descaro, vamos á transcribir la carta que nos ha remitido un amigo de Bilbao, y de cuya veracidad no es posible dudar: su tono y forma indican bien claramente que está escrita por un hijo del pueblo, incapaz de faltar á la verdad.

«Voy á decirle algo del recibimiento que Bilbao ha hecho al de los 191; ha sido tan frío, que ni un viva, ni una aclamación; solo un repique de campanas de los parroquios de las cuatro que rodea la villa, y en una de ellas el *Te Deum*; de más de sesenta curas que hay, cuántos creará Vd. que salieron á recibirle? Once, y estos bucados con gran empeño por la diputación. Se trasladó á su alojamiento, y ¡qué desgraciado! ni un viva: la gente curiosa que le siguió por oírle hablar italiano, se quedó con un palmo de narices. Fue al teatro, y ni un saludo; solo de entre huéspedes dieron un viva, que no fué contestado por ninguno, y á la salida, lo mismo que á la entrada, nada, al solamente nada; y eso que la diputación y el gobernador se apresuraron á decir á su gente empleada y á sus familias que dieran vivas, pero estos parece que tampoco obedecen, porque ningún viva se oyó, y si muera que le dio un joven de 18 años, al cual condujeron á la prevención, y á las tres de la mañana le pegó una tunda la policía, y á las nueve le mandaron á su casa y está en la cama.—Salud y República federal.—G...»

¡Honor á la monarquía democrática! ¡Gloria á los radicales y á sus esbirros! No harían más Narvæz y sus famosos polizontes si tornaran á la vida. Esta mañana, que no hemos podido ver sin indignación, viene corroborada por el peródico bilbaíno *El Intrusigiente*.

¡Ah radicales! vuestros esbirros prenden á los ciudadanos que dan vivas á la República en Valladolid, cuando según el artículo 17 de la Constitución ningún español puede ser privado de emitir libremente sus ideas y opiniones, ya de palabra, ya por escrito... apaleáis á un niño porque manifiesta libremente sus ideas, y vuestros pederos apalean y arrastran casi desnuda á la infeliz madre del cura Gorrín, cuyo solo delito consiste en no delatar á su hijo; la destrozais el cuerpo á culatazos y la abandonais casi expirante en un camino... ¡Poco más hicisteis con nuestros inolvidables amigos Carvajal y Guillén.

Radicales, los días de vuestra existencia se cuentan por los de vuestros atropellos, arbitrariedades y delitos; no estáis con vuestras falas halagando querido manchar á un partido grande y digno, empleando á algunos de sus hombres á quince la miseria y el hambre han obligado á aceptar vuestras ofertas, y todo para que?

para conseguir lo que no es posible, el amor de un partido que ve en vosotros á los esbirros y á los sostenedores de una monarquía que nos arruina y empobrece.

¡Radicales, vuestras horas de poder están contadas, no lo dudeis, y preparaos á caer de la mejor manera posible!

Contestando á *El Tiempo* la señora *Competente*, dice que el rey ha dejado grandes donativos en varios pueblos; aceptando como buenas las cifras de *La Correspondencia*, vamos á permitirnos hacer un ligero extracto de lo que recibí y deja D. Amadeo, seguro de que este excelente y amado monarca sale bastante ganancioso en el trato.

En Búrgos dejó 50.000 rs. en Valladolid 30.000, y en Palencia 20.000; total... 100.000
Como quiera que en cada una de esas poblaciones estuvo un día, y cobra diariamente 80.000 y pico, resulta que tres días hacen... 240.000

Saldo á su favor... 140.000

Apelé á otros argumentos *La Competente*, porque los números, que no engañan á nadie, están á nuestro favor, es decir al de D. Amadeo.

Ya habrán visto nuestros lectores el famoso decreto restableciendo la célebre Guardia rural, aquella misma Guardia creada por González Brabo, y que la revolución disolvió; pues si, este benemérito cuerpo vuelve á renacer como el ave fénix de sus cenizas, y con mayores preeminencias que antes, puesto que sus servicios serán recompensados con los mismos honores y condecoraciones que el ejército; si se inutilizan serán pensionados, y si mueren, sus mujeres é hijos tendrán iguales derechos por cuenta de las diputaciones.

Pero, señor, esto no se hace ni con los soldados del ejército, que, inútiles en campaña, imploran una limosna por las calles, ni con los guardias civiles que prestan mejores servicios, ni con los obreros que se inutilizan ó mueren en una obra del Estado. Todo esto nos parece el mayor y más grande de los escándalos. ¡Y estas son las economías de los radicales!

Hasta no tener noticias fidedignas no hemos querido anunciar el fallecimiento de Juárez, acaecido en Méjico, de una congestión cerebral.

Lerdo de Tejada se ha encargado de la presidencia; el Congreso ha votado una amnistía y la orden de proceder á nueva elección. En el número 9 de *La Ilustración* publicamos el retrato y biografía de este gran republicano, cuya muerte es universalmente sentida.

Se murmura que los e-rlistas volverán á probar fortuna del 15 al 24 de este mes; sin embargo, personajes importantes de este partido afirman que el movimiento se ha aplazado hasta primeros de Setiembre. De todos modos, el caso es que tendremos de nuevo tiririos, amas abandonadas y curas con trabuco, y lo que es mucho peor, luto, desolación y sangre.

Volviendo por los fueros de la verdad, declaramos que la bellísima zarzuela *El Padrino*, de los Srs. Trinchán y Perez del Castillo, estaba escrita antes de que el Sr. Serra dijera como original la comedia *Los dos Napoleones*, tomada de *Le Parain*, de Mr. Scribe, y que el éxito obtenido con esta obra debe animar á sus autores, despreciando ciertas miserias y contando con los aplausos del público y los plácemes de la crítica.

Se ha formado en París, junto al edificio de la nueva Ópera, calle de Halévy, núm. 16, principal, un *Círculo Hispano-Americano*, destinado á estrechar las relaciones fraternales que deben existir entre los individuos de raza española que existen en ambos continentes. Para pertenecer á la sociedad basta presentarse ó tacerse inscribir todos los días de cuatro á seis de la tarde.

E. RODRIGUEZ-SOLÍS.

Editores propietarios, J. CASTRO Y COMPAÑIA.

Madrid: 1879.—Imp. de R. LABajos, calle de la Cabeza, 37.